

CAPÍTULO III.

(1863)

Aspecto lúgubre de Morelia.—Asesinato y funerales del conde de la Mothe.—Nombramiento de autoridades imperiales.—Salida de los franceses.—Preparativos de defensa.—Numerosa guarnición de la plaza.—Se avistan los republicanos.—Efectivo del Ejército del Centro.—Junta de guerra.—La víspera del ataque.

El resto del día 30 se pasó en Morelia con la misma tristeza que hemos ya dicho se notaba en la mañana.

En la noche, la ciudad parecía una necrópolis: tal era el silencio que reinaba en las calles. En aquel día la luna entraba en su cuarto menguante, de suerte que el principio de la noche estaba sumido en las tinieblas.

Las tropas se habían acuartelado rigurosamente; pero algunos zuavos, por mera curiosidad, ó por su ansia de rapiña salieron á la calle; uno que otro oficial andaba en desempeño de ordenes, recorriendo algunos lugares. Esta imprudencia les costó cara. Sin saberse á qué hora ni por quién, uno de los oficiales y tres soldados quedaron muertos á puñaladas.

Gran sensación causó entre los franceses la muerte de aquellos hombres, principalmente la del conde de la Mothe, subteniente en el 2º regimiento de zuavos.—El día 1º de Diciembre se le hicieron funerales en la iglesia de San Agustín, oficiando el capellán de la División Castagny, y durante la ceremonia el mayor del Cuerpo leyó ante el cadáver la hoja de los servicios que había prestado al ejército aquel infortunado joven, víctima expiatoria de las iras de un pueblo amenazado en su independencia.

En la noche de aquel día se reunió una junta de vecinos notables, citados por el jefe francés, quien les manifestó que la intervención no tenía otro objeto "que cimentar la paz en México, y que para lograrlo, S. M. el emperador Napoleón III, condolido de la anarquía de este país, estaba resuelto á obrar con toda energía y á sostener al Gobierno nacional y justo proclamado en la capital del imperio mexicano: que en Morelia quedaba de prefecto político el general D. José de Ugarte y de jefe de las armas el general D. Leonardo Márquez, ambas personas de honrosos y humanitarios antecedentes." Los individuos de la junta se miraron unos á otros con asombro, no acertando á comprender si un candor columbino ó una cruel ironía habían inspirado las palabras de Castagny: se retiraron silenciosos, pensando en la triste suerte que se le esperaba á Michoacán.

La columna francesa salió al día siguiente (día 2), rumbo á Acámbaro. Márquez, con su acostumbrada actividad, comenzó sin pérdida de tiempo á poner á la ciudad en estado de defensa para no necesitar del auxilio de los franceses. Dirigían los trabajos de fortificación el coronel D. Mariano Reyes y el inteligente ingeniero Manuel Ramírez Arellano, cuyo valor, instrucción é inventiva fueron más tarde tan importantes para los imperialistas, en el sitio de Querétaro.

La guarnición que quedó en Morelia se componía, según los datos tomados del historiador francés Niox, de tres mil setecientos hombres de las tres armas. Los cuerpos estaban mandados por los jefes más distinguidos del ejército reaccionario, tales como el mismo Arellano, Oronoz, Tapia, Casarrubias, Lemus, Rodríguez, Méndez; la tropa se formaba, en su mayor parte, de los antiguos cuadros del *Ejército* que sirvió á Santa Anna y á Miramón, y de un millar de los prisioneros de Puebla, soldados escogidos de las fuerzas republicanas que, vigilados estrechamente, se vieron en la necesidad de combatir contra sus propios hermanos de armas.

Hay que agregar al número de que he hecho mención el contingente que dió la leva ordenada por Ugarte: de modo que antes de quince días, Márquez contaba con un efectivo de más de cinco mil hombres.

Márquez juzgaba, con razón, que no pasarían muchos días sin que fuese atacado. En efecto, el general Uraga, nombrado jefe del Ejército Republicano del Centro, libró sus órdenes desde San Pedro Piedragorda para que las divisiones mandadas por los generales Santiago Tapia, Felipe Berriozábal y Miguel M. Echeagaray estuviesen sobre Morelia la mañana del 17 de Diciembre. Reunidas estas tropas, no excedían de nueve mil hombres con veinticuatro piezas de artillería.

He bosquejado ya en el capítulo anterior los retratos de Uraga y de Berriozábal; no hay para qué ocuparme del de Echeagaray que ninguna influencia ni participación tuvo en los sucesos posteriores de Michoacán y que muy pronto desapareció de la escena política, sin dejar huella honrosa de su conducta. En cuanto al general Tapia, diré unas cuantas palabras, ya que no es posible dar en estos apuntes, siquiera un compendio de su brillante biografía.

Tipo de honradez, de valor y de lealtad, D. Santiago Tapia se elevó desde una cuna humilde á la alta jerarquía civil, desde las filas del soldado raso hasta los más ennobrecidos puestos del ejército. Era nativo de Aguililla (Estado de Michoacán); muy joven militó á las órdenes del viejo patriota D. Gordiano Guzmán. Sirviendo siempre en las tropas republicanas, hizo la guerra contra los americanos en 1847, se filió en la revolución de Ayutla, en la lucha por la Reforma y en la campaña contra la intervención francesa desde que ésta se inició hasta que una temprana muerte lo sorprendió en Matamoros, cuando estaba ya cercano el triunfo de la República. Durante un breve período transcurrido desde el 7 de Febrero hasta el 17 de Julio de 1863, estuvo de Gobernador y Comandante Militar de Michoacán, en donde rehusó recibir el sueldo de esta magistratura, pues expresó que le bastaba el de general de brigada, pagado por la Federación. Era de elevada estatura, moreno, de ojos negros, de pelo quebrado; en todo su aspecto revelaba pertenecer á esa raza mestiza, vigorosa, ágil, indomable y simpática de nuestra costa del Pacífico.

Hecha esta oportuna digresión, continuaré mi relato.

Ignoro qué Cuerpos formaban las divisiones de Tapia y

Echeagaray. De la de Michoacán, al mando del general Berriozábal, sé decir que estaba compuesta de cuatro brigadas, dos de infantería á las órdenes respectivamente de los generales Régules y Caamaño, y dos de caballería que mandaban el coronel general Antonio Alvarez y el coronel Rosalío Elizondo: una batería de artillería estaba al mando del comandante Zavala. La brigada del general Servando Canales, situada en Maravatío, recibió orden de incorporarse á esta División y de dirigirse á Morelia; pero, desobedeciendo, tomó el camino de Zitácuaro, en donde permaneció algunos días, retirándose luego de Michoacán.

Así las cosas, el 17, como á las ocho de la mañana, se avistó por la garita de Santiaguillo, al Norte de la ciudad, la división del general Tapia.

Por un momento creyó Márquez que podía batir en detall al ejército que lo amenazaba, y hacía ya sus preparativos para salir al encuentro de aquella tropa, cuando la división de Michoacán apareció en las lomas de Santa María, y como, según las comunicaciones recibidas de Uraga, debería darse el ataque en aquel día, Berriozábal hizo avanzar desde luego las brigadas de infantería hasta el llano que se extiende al Sur de Morelia, debiendo permanecer allí, pecho á tierra, los soldados hasta nueva orden. La caballería la apoyaba á retaguardia, y la artillería, situada en la loma con un piquete de infantes, servía de sostén. Pasaba el tiempo y no se recibía ningún correo de Uraga; las tropas, en espera de la orden de ataque, no habían tomado el rancho; aquella inacción era inexplicable.

Entretanto el general Tapia hacía un poderoso fuego con sus cañones rayados. Muchos de los proyectiles rebasaban la ciudad é iban á caer no lejos de la infantería de Michoacán.

Por fin, el general Uraga se presentó por la garita de Chicácuaro, seguido de la División Echeagaray. Serían las diez y media de la mañana. En ese momento se escuchó un vivo repique de campanas, que se daba en los templos de la ciudad, se oía la música militar de la plaza y los vivas atronadores en que prorrumpían los soldados del Imperio. Tenía esto por objeto, según el dicho de los jefes, moralizar á los

hombres de la guarnición; pero en las filas se hizo correr el rumor de que aquellas demostraciones de regocijo tenían por causa la llegada de Uraga, á quien se suponía en connivencia con Márquez. Semejantes ardidés no pasan de ser infames.

Entretanto seguía tronando el cañón de los republicanos, sin que los imperialistas respondiesen al fuego: una columna de la División Echeagaray simuló un ataque sobre la Merced, cuyo objeto aparente era que D. José López Uraga hiciese el reconocimiento de la plaza, pero el verdadero sirvió al expresado general para ir á situarse en el Molino de Parras. En aquel lugar citó á los generales divisionarios á una junta que debía celebrarse á las cuatro de la tarde.

Digamos ahora que la ciudad de Morelia jamás ha sido tomada á viva fuerza, no obstante los varios y muy serios ataques que ha sufrido.

Esto consiste en su magnífica situación, que la hace inexpugnable: la artillería moderna podrá destruirla; pero, regularmente defendida, es casi seguro que las columnas de ataque se estrellarán en sus muros. Está colocada sobre una loma chata de suaves declives, de modo que por donde quiera que se penetre á la plaza se necesita subir. Hay en su recinto once antiguos conventos, que son otras tantas fortalezas, veinticuatro templos, los más con torres elevadas, y multitud de edificios particulares de sólida construcción. Todos estos monumentos están situados á corta distancia unos de otros y bien repartidos en el perímetro de la ciudad: algunos, como San José, San Agustín, la Compañía, San Diego y Capuchinas, dominan el interior de la ciudad y sus alrededores. Si á esto se agrega que las calles son rectas, casi tiradas á cordel, se comprenderá la importancia militar de la plaza. No está por demás decir que, excepción hecha del lado Oriente, por todos los demás vientos, Morelia está circundada por dos ríos que no tienen más puentes que los que dan acceso á las garitas.

Tan formidable situación contaba además, en los días á que me refiero, con un perímetro de fortificación formado de cuarenta y cuatro parapetos y dos tambores.

Después de las cuatro de la tarde, rompió de nuevo sus

fuegos la artillería de los republicanos, mientras que los generales verificaban la junta de que he hablado. En ella manifestó Uraga que su ejército venía perseguido por la División Douay, la mejor y más numerosa del cuerpo francés expedicionario en México, que en aquellos momentos debería encontrarse en Zipimeo, á dos jornadas cortas de Morelia, y que por lo tanto era preciso apoderarse de la plaza en un solo ataque, aprovechar los elementos de guerra en ella existentes y evacuarla en seguida para no exponerse á una derrota por parte de la columna francesa. Los generales divisionarios se miraron sorprendidos. Berriozábal expuso que, supuesto aquel plan, el ataque era inútil y estériles sus consecuencias en el caso improbable de conseguir el éxito: que dadas las circunstancias presentes en que el enemigo, alejado de la capital de la República, marchaba hacia el interior y el Norte del país, una expedición al Valle de México daría por resultado, ó bien la ocupación de algunas plazas, ó ya el de cansar con marchas retrógradas á la División Douay y caer entonces sobre Morelia. Los otros dos generales se adhirieron á esta opinión; pero se sabe que Uraga no era hombre que sufriese una contradicción ni que aceptase el parecer de nadie: ordenó, en consecuencia, que las columnas deberían estar dispuestas á dar el ataque al amanecer del día siguiente; que no se diese rancho á la tropa, porque iría á tomarlo en Morelia, y que la señal para el asalto sería un cañonazo disparado en la loma de Santa María. Por toda instrucción se limitó á señalar á cada uno de los generales el punto por donde debería penetrar á la ciudad. Luego añadió: "Si nos rechazan, ¡me volaré la tapa de los sesos!"

Morelia iba, pues, á ser atacada por tres divisiones, obrando cada una de por sí, sin que sus jefes estuviesen en contacto, sin un plan preconcebido, sin unidad en el mando, sin cohesión en las tropas, sin que se hubiera destinado una fuerza para servir de reserva, dejando impotente la artillería de grueso calibre, colocada á inmensa distancia. El general en jefe fué á situarse á Santa María, á una legua del lugar de los acontecimientos.

Tapia debía atacar por el Norte, Echeagaray por el Po-

niente y Berriozábal por el Oriente y por el Sur. Cada uno de ellos fué á disponer sus columnas.

Al espirar la tarde dejó de oírse el cañón y reinó un profundo silencio en la ciudad y en los campamentos de los republicanos. Después de media noche, la luna iluminaba apaciblemente aquellos sitios sobre los que la muerte inexorable fijaba ya sus ojos en que relampagueaba la luz del exterminio. Pero daré aquí tregua á este relato, á fin de no fatigar tanto con escenas de sangre la atención de los lectores.

CAPÍTULO IV.

(1863)

Panorama de Uruapan.—Breve reseña histórica de la ciudad.—Hombres prominentes que han estado en Uruapan.—El más grande de nuestros héroes.—Los emigrados.—“La Embarcación.”—Origen del café de Uruapan.—¡Llegada de un correo de Morelia!

Cuando en el camino que sale de Pátzcuaro para Uruapan encumbra uno el puerto de Tingambato, se ve allá á lo lejos, en el Oeste, la colosal montaña de Tancítaro. Al pie de la falda oriental de esta obscura sierra se dilata una llanura fértil que ostenta los matices de la vegetación exuberante del trópico. Allí, oculta tras del “Cerro Colorado” que nos estorba la mirada, está la risueña ciudad del Cupatitzio, como si la escondiesen á propósito, á fin de hacer más vivos nuestros deseos de llegar al “Paraíso de Michoacán,” delicioso vergel en donde sin cesar murmuran arroyos cristalinos; en donde los bosques son de árboles frutales; donde el café ostenta sus frutos nacarados, al mismo tiempo que se cubre de flores de cándida blancura; donde el ambiente está impregnado de aromas; donde la bóveda del cielo, más limpia y más azul, parece que se acerca á la tierra, como queriendo estar más al contacto de aquel sitio encantado.

Uruapan es una de las poblaciones más antiguas de Michoacán. Hallamos mención de ella en los días de la conquista, cuando el infortunado Tzimticha, huyendo de los españoles, trasladó allí la corte de Tzintzuntzan. Poco después, el venerable Fray Juan de San Miguel la fundó, es decir, la convirtió en cristiana, reuniendo en ella un pueblo

numeroso. En la época colonial se llegó á elevar á un grado considerable de riqueza y engrandecimiento, por ser el entrepuente del comercio del *Bajío* y de la costa. Durante la guerra de independencia fué varias veces incendiada, sufrió saqueos y se vió miserablemente destruída, pues los realistas la consideraban como el cuartel general de los insurgentes. Así fué decayendo, y á mediados de este siglo contaba apenas tres mil habitantes en la mayor pobreza. Gracias, empero, á los elementos naturales que posee, entró nuevamente en el camino del progreso, y en la actualidad pasan de doce mil sus moradores, quienes, por su espíritu de empresa, por su amor al trabajo y por su hábito de economía, así como por su civismo, han alcanzado bienestar para ellos y mejoramiento para su población. Merced á estas circunstancias, la ley de 28 de Noviembre de 1858 declaró que Uruapan llevaría el título de *Ciudad Progreso*.

Tanto por su situación, en el centro de Michoacán, como por el trato y buena índole de su gente, Uruapan ha sido el refugio de los que en épocas de revueltas han emigrado de las grandes ciudades. Las tropas encuentran allí elementos para la lucha, los gobiernos facilidad para la administración. Cuando la guerra con los Estados Unidos del Norte, la Legislatura de Michoacán, por decreto de 5 de Noviembre de 1847, dispuso que, llegado el caso de variar de residencia, se trasladarían los Poderes del Estado al pueblo de Uruapan. Durante la guerra de Reforma, una ocasión en que el general D. Leonardo Márquez avanzaba sobre Morelia, se expidió otro decreto fecha 27 de Abril de 1859, declarando á Uruapan capital del Estado. Por último, la ley de 24 de Noviembre de 1863 hizo igual declaración, y desde luego se trasladaron á aquella ciudad el Tribunal Supremo de Justicia, las oficinas de Hacienda, la Administración general de Correos y la Secretaría del Gobierno. Llegaron igualmente multitud de familias distinguidas, emigradas de Veracruz, Puebla, México, Toluca, Querétaro, Morelia y otras ciudades del interior. Puede asegurarse que la población flotante de Uruapan no bajaba en aquellos días de mil personas.

Ya se comprenderá que en todos tiempos la simpática ciu-

dad ha alojado en su seno á jefes prominentes de los partidos beligerantes. Aun se conservan recuerdos de los saraos que Iturbide se hacía dedicar y á los que obligaba á concurrir á las familias de los insurgentes del lugar. Allí estuvo también en aquella época D. Pedro Celestino Negrete, por más señas que fué uno de los que entregaron al incendio la ya arruinada ciudad. Los Rayones, los Galeanas, los Bravos, Guerrero, Verduzco, el Dr. Cos, el padre Correa, los miembros del Congreso que dió la Constitución de Apatzingán. La casa del Lic. D. José María de Izázaga, uno de los más distinguidos patriotas, era el punto de reunión de aquella pléyade de héroes.

Más tarde, en las guerras por la Federación, Codallos, Gordiano Guzmán, Salgado, Macedo, hallaban franca hospitalidad entre los uruapeños. En la revolución de Ayutla, siendo yo niño, conocí en aquel lugar á Comonfort, á Ghilardi, Arteaga, Pinzón, Zuloaga y Negrete; allí estuvieron también Degollado, Huerta, Pueblita y otros muchos caudillos, y del lado de las tropas del Dictador, el general D. Santiago Blanco, Ministro de Guerra. Durante la lucha por la Reforma, conocí también en Uruapan á Doblado, á D. Ezequiel Montes, á Ogazón, á Vallarta, á Contreras Medellín. En los tiempos de la intervención francesa, á los hombres del campo republicano que se van á ver figurar en estos apuntes. Y por último, en diversas épocas, visitaron á Uruapan, Antomarchi, médico de Napoleón I, Ocampo, Ceballos, el general D. Manuel González, el general Escobedo, D. Matías Romero é infinidad de personas notables del extranjero y del país.

Si el lector ha estado atento á esta larga lista, acaso creerá, ó que Morelos jamás honró con su presencia el pueblo de Uruapan, ó que yo he cometido un injustificable olvido respecto del insigne caudillo. Ni una ni otra cosa, lo que sucede es que el Sr. Morelos merece una mención especial.

Sabido es que el más grande de nuestros héroes se dedicó desde muy niño al oficio de la arriería; y la tradición cuenta que sirvió primero en la recua de que era dueño su tío Felipe Morelos, vecino que fué del rancho de Tahuejo, inmediato á Parácuaro, en el Distrito de Apatzingán. Más tarde, D. Isi-

dro Icaza, de Valladolid, lo nombró mayordomo de su atajo que destinaba á los viajes de Acapulco en los meses de Noviembre á Mayo: en los de Junio á Octubre, Morelos llevaba las mulas al mismo Tahuejo para que agostasen allí. De estas periódicas permanencias en aquel rancho resultó el error de algunos biógrafos de que Tahuejo fué la cuna de aquel hombre extraordinario.¹ Y como en su tránsito de Parácuaro á Valladolid tenía Morelos que pasar forzosamente por Uruapan, en donde había tantos arrieros que hacían también el comercio de la costa, y era aquel pueblo un lugar ameno, alegre y de animación mercantil, Morelos adquirió y cultivó allí muchas relaciones, captándose las simpatías de todos. Su talento, su energía y su ambición, abrieron ante su vista más amplios horizontes, y ya de edad de treinta años entró en el Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), hizo sus estudios en aquel plantel de que era rector D. Miguel Hidalgo y Costilla, ocupó los primeros lugares en las cátedras y se ordenó al fin de presbítero. Entonces fué enviado á Uruapan como maestro de gramática latina.² De allí salió poco tiempo después á servir sucesivamente los curatos de Churumuco, la Huacana y Carácuaro. En el ocaso de su carrera salió también de Uruapan, escoltando al Congreso de Apatzingán que iba á trasladarse á Tehuacán, cuando la adversa fortuna hizo caer prisionero en Tzamalaca y llegar después al patíbulo á aquel gigante de la guerra de insurrección.

No hay para qué decir que durante sus campañas, Morelos estuvo muchas veces en Uruapan. Me acuerdo haber oído de los labios de algunos ancianos de aquel pueblo que, cuando ellos eran niños y salían de la escuela, pasaban siempre por la casa del Lic. Izázaga para que les diera fruta el Sr. Morelos que solía sentarse en un banco de madera, colocado fuera, á un lado del zaguán. El Sr. Morelos no se alojaba en aquella casa,³ á donde sólo iba á conferenciar con los diputa-

¹ El mismo error hizo dar á aquel pueblo el título de Villa de Parácuaro de Morelos. Decreto de 18 de Enero de 1862.

² Véase el Cuadro Histórico de Bustamante. Edición de Cumplido, tomo III, pág. 244.

³ Esta casa está situada en la esquina de la Avenida Ocampo y 1ª de Santiago.

dos que tenían allí sus sesiones. Su hospedaje era la de D. Ignacio Bárcena, ciudadano patriota é ilustrado.¹

Cuenta la tradición que, cuando el Sr. Morelos residió en Uruapan y luego en las distintas veces que durante la guerra estuvo allí, tenía la costumbre de ir á la Tzaráracua y pasar el día en una gruta que se halla próxima á la caída de aguas. Aún se conoce aquel sitio con el nombre de "Gruta de Morelos."

Basta lo dicho para dar á conocer á Uruapan como el lugar de muchos de los acontecimientos narrados en estos apuntes. Ni he querido hacer una descripción (que nunca sería difusa) de las bellezas de aquel suelo, ni menos acometer la empresa de escribir su historia. ¡Ojalá que tuviera tiempo para ello!

Ya lo es de seguir nuestro relato.

Desde mediados de Noviembre reinaba gran animación en la ciudad. No había casa que no tuviera alojada alguna familia de los emigrados; las calles se veían llenas de gente; en los barrios hacían su agosto las indias, vendiendo las exquisitas frutas de sus huertas; las márgenes del río se veían visitadas por numerosos paseantes que elogiaban la pureza de aquellas aguas cristalinas. Los forasteros todos hablaban de aquel aire embalsamado, de aquella temperatura tibia, voluptuosa, del bienestar, en suma, que allí se disfrutaba.

En tanto, en las calles se notaba una animación de distinto género. Se descargaban de los carros y de las mulas los cajones que contenían los archivos públicos de los lugares abandonados por los emigrantes, el vestuario de las tropas, los útiles para la fabricación de parque, los equipajes de las familias. Los empleados se instalaban en las casas donde iban á establecerse las oficinas; los mesones estaban ocupados por algunos piquetes de tropa; en las tiendas no alcanzaban á dar abasto los dependientes; los agricultores vendían bien sus semillas, los artesanos trabajaban sin descanso en sus talleres. Jamás, ni en los días de las antiguas ferias de Uruapan, hubo tal afluencia de gente ni se gastaba tanto dinero. Uruapan no desmerecía de su categoría de capital del Estado.

¹ Por esta razón la calle donde está esa casa se llama hoy de Morelos. Michoacán.—4

Las fondas se multiplicaron y todas ellas contaban con numerosos comensales. Hago especial mención de la que tenían en la plazuela de la Parroquia las Sras. Hinojosa. Era la mejor situada, limpia como una taza de china, con los manteles albeando, con la vajilla que siempre parecía nueva. Doña Basilia y Celsa guisaban muy bien y estaba á su cuidado la dirección de la cocina. Servía la mesa aquella muchacha esbelta, de formas irreprochables, de color aperlado, de ojos tranquilos y de corazón frío como la nieve. ¿Quién de los emigrados no se acuerda aún de Genoveva? Todos ellos concluyeron por tenerle un cariño tierno y respetuoso. Allí se reunía lo más escogido, la flor y nata de los que habían buscado un asilo en Uruapan. Militares, abogados, médicos, empleados, periodistas, poetas, daban interés á la tertulia que se tenía de sobremesa. No sé por qué la fonda aquella se bautizó con el nombre de "La Embarcación,"¹ que se popularizó por largo tiempo.

Así pasaban los días. Era el 19 de Diciembre, á la una de la tarde, hora en que la fonda estaba llena de gente. La conversación giraba sobre el ataque de Morelia; la impaciencia era creciente, porque no se había recibido ningún correo.

—Es indudable que tomaremos á Morelia; parece que lo veo, decía el poeta ciego Juan Valle.

—¿Quién puede dudarle? exclamaba Gabino Ortiz. Uraga es un valiente general, sus tropas están aguerridas, y cuenta nuestra causa con la simpatía de los morelianos.

—Yo más confianza tengo en los conocimientos militares de Tapia y de Régules, quienes además conocen perfectamente la localidad, mientras que los traidores no han tenido aún tiempo de estudiarla. Aquellos jefes son valientes y patriotas á carta cabal.—Decía esto D. Justo Mendoza, cuyo buen criterio todos reconocían.

—Y á fe que tiene vd. razón, pues qué sé yo, qué sé cuándo,

¹ Ramón Valle (hoy presbítero), en uno de sus preciosos "Cuentos de Primavera," el titulado "Culpa y Pena," consagra un bello capítulo á los recuerdos de "La Embarcación."

no dejo de tenerle desconfianza á Uraga, añadía Huerta Antón, eterno oficial segundo de la Secretaría de Gobierno.

—Lo que yo temo, replicaba Joaquín Villalobos, es que los franceses no estén lejos y acudan en auxilio de la plaza. Además, el clero presta activa ayuda moral á los traidores, y en Morelia abundan los canónigos. Ya ven ustedes, los obispos trajeron la intervención. Si en vez de haberme limitado á levantar al pueblo de Veracruz para que apedreara sus carruajes, cuando iban á embarcarse para su destierro, los hubiéramos lapidado á ellos mismos, otro gallo nos cantara.

Todos se rieron al oír á Villalobos, repitiendo su eterna muletilla de los obispos. Luego tomó la palabra el simpático, el sabio Dr. Pancho Montes de Oca, y dijo:

—Por lo que hace á los franceses, no hay cuidado; se acaba de recibir un parte en la Comandancia, de que hace cinco días se hallaban todavía en León. Es imposible que puedan estar sobre Morelia. Mi gran temor es que Uraga lleve al ejército con el único objeto de que quede diezmado en las calles de la ciudad.

—¿De modo que vd. también cree en una traición?

—No he pronunciado la palabra. Con traición ó sin ella, Uraga habrá atacado como él acostumbra, bruscamente, sin unidad de acción, sin plan fijo, en tanto que Márquez se defenderá como quien es, todo un soldado, valiente, experimentado, astuto é instruído en el arte de la guerra.

Durante esta conversación, Genoveva servía el café, colocaba al frente de los comensales una pequeña taza de porcelana transparente, cuyo albor, interrumpido por reflejos rosáceos, se asemejaba al blanco de la nata de la leche; en una fuente de cristal había trocitos de azúcar, de la mejor clase, de la hacienda de Taretan; luego llegaba con la *greca* y vertía el sabroso licor que caía humeante, y que al deshacer el azúcar formaba burbujitas que brotaban de enmedio de la taza é iban á adherirse en los bordes; el perfume se esparcía por el ambiente, sensual, provocador, prometiendo al espíritu los más suaves deleites.

—¡Oh, decía Montes de Oca, por sólo tomar una taza de café como este, se puede ser emigrado en Uruapan!

—Exquisito, añadía Villalobos; si yo lo hubiera tomado momentos antes de apedrear á los obispos.....

—El café que les pegó vd. á ellos fué también de primera clase, interrumpió Casimiro Pacheco.

—Jamás probaron uno semejante en su vida, me consta desde tiempo inmemorial, como Juan Huerta Antón que soy, y qué sé yo, qué sé cuando.

—Pero ¿de dónde se hizo la indiada de Uruapan, como yo digo, de este café que no lo hay en ninguna otra parte de la República? preguntaba D. Justo Mendoza.

—Y vaya que tiene un sabor amargosito, agregaba Gabino Ortíz.

—Pero “¡es el amargo del amor!” prorrumpía el poeta ciego Juan Valle.

—Y el color de Pérez Jardón, murmuraba Eugenio Acha al oído de González de González.

—Al caso, al caso, decía el anciano jurisconsulto D. Agustín Tena, temeroso de que las palabras de Acha fuesen oídas por Pérez Jardón; que se nos diga la historia del café de Uruapan.

Alguien tomó la palabra para satisfacer aquella curiosidad.

—En 1824, el general Michelena, después de permanecer algún tiempo en Inglaterra, á donde fué como Ministro Plenipotenciario de México, hizo un viaje á los Santos Lugares y pasó por Moka: de allí trajo unas matitas de café que mandó plantar en la hacienda de la Parota, abajo de Taretan, en donde se reprodujeron extraordinariamente, hasta el grado de convertirse en maleza. Nadie por entonces se preocupó de su cultivo, y creo que hasta se ignoraba que el café fuera una fuente de riqueza. Empero como los arbustos son tan hermosos, tan elegantes, de algunas poblaciones enviaron por cafetos para adorno de los patios y aun de las mismas huertas. Así se les transportó á Tacámbaro, Taretan, los Reyes y Colima. A Uruapan los trajo el respetable D. Manuel Farías, allá por el año de 28, y los plantó en su huerta situada en la 2ª calle de Santiago, y poco tiempo después en su casa, Portal del Norte.¹ Bueno es advertir que en esta población na-

¹ Los arbustos, tanto los de la huerta como los del patio de la casa, subsis-

die acostumbraba en aquella época tomar la deliciosa bebida, ni se imaginaban los uruapenses que en aquellas plantas les guardase el porvenir una grata sorpresa. Veamos ahora cómo comenzó aquí el cultivo. El general Contreras Medellín, una vez que estuvo en esta ciudad, en la época de la guerra de Reforma, se alojó en la *casa de la Palma* y mandó que le preparasen un poco de café cortado del que había en el patio: cuando lo hubo saboreado aseguró que era de tan buena clase como el del Platanarillo de Colima, que pasaba entonces por ser el mejor de la República. Por aquellos días, el sabio Luis González Gutiérrez pasaba aquí una temporada de vacaciones: con sus propias manos cortó el fruto de un cafeto que había en el patio de mi casa; desde el fondo de sus ojos lo vigiló mientras se secaba; él personalmente lo tostó, lo preparó en la cafetera, y al tomar la primera cucharada, con aquel entusiasmo, con la viveza de expresión que le conocemos, exclamó:

—¡Pero, señor, si esto es soberbio! ¡Si éste es el mejor café del mundo!

La coincidencia de dos opiniones tan respetables, decidió de la suerte del café de Uruapan. Le había llegado su tiempo, como sucede con todas las cosas, y de aquel momento data la prosperidad que comienza á sentirse en esta tierra. Es de justicia recordar que el primero que lo cultivó fué D. Miguel Treviño, vecino liberal y progresista, en su huerta inmediata al puente de San Pedro. Ha sido un apóstol ferviente en la propaganda de este cultivo, no sólo con el ejemplo, con la palabra persuasiva, con la promesa de una buena ganancia, sí que también regalando lotes de almácigas y dando instrucciones para el trasplante y el cuidado de la huerta.

—Todo eso es muy bueno, dijo alguno de los presentes; pero ¿qué sucederá en Morelia? ¿A qué hora se recibirá algún correo?

—En estos momentos creo que acaba de llegar uno, respondió Celso Álvarez, que era empleado de la Administración

tían hace cuatro años, y por cierto que no perecieron de vejez, sino por haber sido derribados. De modo que la vida del café se prolonga en Uruapan más allá de sesenta años.

principal de Correos: allí viene un ordenanza que de seguro me anda buscando.

Como movidos por un resorte, todos se levantaron de sus asientos y acompañaron á Alvírez á la oficina.

Allí, junto á un caballo jadeante, estaba un chinaco que sacaba del vaquerillo un pliego cerrado: lo entregó á Alvírez y con la manga de la blusa se limpió el sudor de la frente. Alvírez se dirigió con la comunicación á la Comandancia militar de la plaza. Los que habíamos salido de "La Embarcación" rodeamos al correo, agobiándolo á preguntas. Por fin salió de sus labios la noticia.

—¡Pues la amolamos! dijo. ¡El general Uraga nos hizo ir á estacar la zalea en Morelia!

Todos nos miramos consternados, y cada uno se retiró á comunicar la terrible nueva. Multitud de grupos se formaban en las plazas y en las calles, y se hacían comentarios, perdida la moral y viendo enfrente un porvenir obscuro.

En las últimas horas de la tarde comenzaron á entrar dispersos: en el acto los rodeaba la gente. Cada uno de ellos narraba á su modo los sucesos, abultando los detalles y exagerando el número de muertos, heridos y prisioneros. Todos afirmaban que Uraga había hecho entrega.

Era imposible formarse idea cabal de la batalla; era imposible reconstruirla con los pormenores que se referían. Lo único que aparecía como cierto, era que el combate había sido espantoso.

Al día siguiente en la mañana entró el general Berriozábal. Se apeó en el portal de las Casas consistoriales: más de trescientas personas estaban pendientes de sus labios, oyendo el relato de aquella estéril jornada en que corrió á torrentes la sangre de los patriotas.

Lo que refirió el general Berriozábal, con algunos otros informes tomados de otras fuentes, es lo que constituye el material del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

(1863)

Sobre Morelia.—La división de Michoacán.—El coronel Padrés.—Preparativos de defensa.—El ataque.—El Prendimiento, La Soterraña, Capuchinas y la plaza de toros.—Rasgos heroicos del general Tapia.—Villada.—La derrota.—Márquez herido.—Fusilamientos.—El entierro solemne de un héroe olvidado.

En el capítulo III dejamos al Ejército republicano del Centro preparándose la noche del 17 para dar el ataque formal sobre Morelia al amanecer del día siguiente.

Reanudaré, pues, la relación desde aquella solemne noche, víspera de uno de los hechos de armas más terribles que haya presenciado aquella ciudad.

Berriozábal recorrió la línea que ocupaba la División de Michoacán. Las brigadas quedaron compuestas así:

La del general Caamaño, del 1.^o batallón ligero de Toluca, del que era jefe nato el expresado general; del 2.^o de Toluca á las órdenes del coronel Padrés, del de Guardia nacional de la misma ciudad mandado por el coronel D. José Hernández, del denominado Rifleros de San Luis con su coronel Carlos Salazar, y de un pequeño Cuerpo de infantería, que había estado á las órdenes del teniente coronel Antonio Castañeda y que por separación de éste, y no habiendo comandante, estaba accidentalmente mandado por el capitán D. José Vicente Villada.

La del general Régules, de los batallones "Defensores de la Constitución," 1.^o Activo de Morelia y Fijo de Michoacán, á las órdenes respectivamente de los coroneles José María